



THOMAS MANN

¡ESCUCHA, ALEMANIA!



Discursos radiofónicos
contra el nazismo 1940-1945

Hay muchas razones para editar *¡Escucha, Alemania!* en estos momentos. No sólo porque se trata de las palabras de uno de los escritores más grandes de Occidente. No sólo porque refleja fielmente la angustia extrema de un hombre que observa, de lejos y con impotencia, cómo una ideología totalitaria —el nacionalsocialismo, en este caso— puede carcomer y destruir sin piedad lo mejor de una nación. Publicamos este libro porque, después de todo, el mundo no ha cambiado tanto. Los nombres de los países son otros, los de sus líderes también. Pero hace falta recordar lo que sucedió entre 1933 y 1945, cómo lo permitimos, lo que hizo falta para detenerlo y —especialmente— el daño irreparable que nos hizo a todos sin excepción.

Una vez más —en varios países y continentes diversos— ha resucitado el dragón de la intolerancia racial y religiosa. De nuevo hemos sido, y somos, testigos de guerras de exterminio y expansión (*Lebensraum* en la jerga nazi), y la práctica de fabricar «razones» para invadir y ocupar países soberanos (*pre-emptive invasion* en la jerga norteamericana actual).

De modo que las palabras de Thomas Mann, lejos de parecernos ociosas o lejanas, vuelven a cobrar la inmediatez de aquellos años cuando el escritor exhortaba a sus compatriotas a protestar, a resistir a todo aquel que pisoteara los derechos del hombre en nombre de una supuesta superioridad racial que no fue sino la máscara ideológica de quienes deseaban disfrazar —como heroísmo— su pequeñez, avaricia, crueldad, sadismo y deseo infinito de poder.

Prólogo a la primera edición

(15 de septiembre de 1942)

Durante el otoño de 1940, la *British Broadcasting Company* me mandó preguntar si querría yo dirigir a mis compatriotas —por medio de su emisora y a intervalos regulares— breves alocuciones en las cuales yo comentaría los acontecimientos de la guerra y en donde trataría de incidir sobre el público alemán en el mismo sentido de mis convicciones tantas veces expresadas.

Como el gobierno nazi me había quitado toda posibilidad de acción intelectual en Alemania, no creí que debiera desaprovechar esta ocasión de establecer contacto —por muy frágil y difícil que esto fuera y, desde luego, a espaldas del gobierno— con el pueblo alemán y con los habitantes de los territorios sometidos. Mis palabras no serían retransmitidas desde América por onda corta sino desde Londres por onda larga y, por consiguiente, serían recibidas con ayuda del único tipo de aparato receptor que el pueblo alemán fue autorizado a poseer. Además, resultaba tentador volver a escribir en mi idioma, pues lo que yo escribiría se oiría en su forma original, en alemán. Acepté enviar mensajes mensuales y después de algunos ensayos pedí que mis alocuciones se prolongaran de cinco a ocho minutos.

Esas emisiones se efectuaron, al principio, de la manera siguiente: yo enviaba por cable mis textos a Londres y allí

un empleado de la BBC, de lengua alemana, les daba lectura. A sugerencia mía, pronto se utilizó un procedimiento que aunque más complicado es, sin embargo, más directo y, por tanto, mejor. En el Recording Department de la NBC en Los Ángeles, grabo yo mismo en un disco lo que tengo que decir. El disco es enviado por avión a Nueva York, y su contenido se retransmite por teléfono a Londres en otro disco que entonces se hace sonar ante el micrófono. De esa manera, los que se atreven a escuchar en Alemania reciben no sólo mi mensaje sino mi propia voz también.

Me escuchan más personas que las que se habría podido esperar, no solamente en Suiza y en Suecia sino también en Holanda, en el «Protectorado» checo y en la propia Alemania. La audiencia la demuestran los «ecos» que recibimos desde esos países, los cuales nos llegan cifrados de la manera más extraña. Desde Alemania, nos llegan de forma indirecta. En el territorio ocupado de Alemania hay, de modo manifiesto, personas cuya hambre y sed de palabras de libertad son tan grandes que desafían los peligros que implica la audición de emisiones enemigas. La prueba más concluyente de lo que aquí afirmo —prueba a la vez alentadora y repugnante— es que en un discurso pronunciado en una taberna de Munich, el propio Führer ha hecho alusión inequívoca a mis alocuciones y me ha citado por mi nombre como uno de aquellos que tratan de levantar al pueblo alemán contra él y contra su sistema. «Pero esa gente —bramó— se equivoca de medio a medio: el pueblo alemán no es así, y aquellos que son así se encuentran, gracias a Dios, tras las rejas».

De esa boca ha salido tanta basura que yo experimento un ligero sentimiento de asco al oírle pronunciar mi nombre. Y, sin embargo, esta declaración es inapreciable para mí, aunque su absurdo sea evidente. El Führer ha expresado, a menudo, su desprecio al pueblo alemán, su convicción de que ese pueblo está poseído por la cobardía y el servilismo, de que es manifiesta la estupidez de esta raza

de hombres y su aptitud ilimitada para dejarse engañar. Sin embargo, cada vez que habla de esto ha omitido explicarnos cómo ha logrado ver, al mismo tiempo, en los alemanes a una raza de «señores» destinada a dominar el mundo. ¿Cómo un pueblo que psicológicamente está establecido que jamás se levantará, ni siquiera contra él, puede ser una raza de «señores»? Pido a ese «héroe» de la historia someter un día entre dos planes de batalla, esta cuestión a un examen lógico.

Tal vez él tenga razón al exponer su plena seguridad de que el pueblo alemán «no es así». Lo curioso es que cuando más odioso ha sido fue cuando tuvo razón. Llamar a un pueblo a la rebelión no es creer necesariamente que sea capaz de hacerla. Lo que creo es que Hitler no puede ganar su guerra. La mía es una creencia metafísica y moral, no sólo fundada sobre datos militares. Además, cada vez que expreso esto en estas páginas es absolutamente sin ninguna simulación. Pero está lejos de mí tratar de afirmar la peligrosa idea de que la victoria de las Naciones Unidas es naturalmente cierta y que, fundándose en ese carácter natural y esta certidumbre, es posible permitirse no sólo cualquier falta sino incluso cualquier abandono de la voluntad, cualquier desfallecimiento del corazón y toda reserva «política» con respecto a sus aliados y la paz que habrá que conquistar tras la enconada lucha.

En estos tiempos, no es posible permitirse absolutamente nada, no es posible permitirse la menor de las cosas después de todo lo que ya se ha permitido. Esta guerra, en verdad, habría podido evitarse, y el hecho mismo de que tuviera que suceder es una pesada carga moral sobre nosotros. La guerra tiene un origen sombrío y sus móviles determinantes no se han disipado. Por el contrario, estos móviles siguen actuando subterráneamente y amenazan con la paz y la victoria. Perderemos la guerra si hacemos de ella una guerra mala y no una guerra justa: la guerra de los pueblos por su libertad.

Advertencia de la editorial a la segunda edición

(Estocolmo, agosto de 1945)

Las 25 emisiones transmitidas por Thomas Mann al pueblo alemán aparecieron en forma de libro en septiembre de 1942. Esta primera edición fue impresa en Estados Unidos por H. Wolf, Nueva York, y debido a las condiciones entonces imperantes, nunca llegó a Europa.

Ahora que ha terminado la guerra y con ella la serie de alocuciones de Thomas Mann, la editorial presenta en la segunda edición todas las emisiones, las cuales fueron pronunciadas desde octubre de 1940 hasta mayo de 1945.

Prólogo de los editores a esta primera traducción de *Deutsche Hörer* al español

(Ciudad de México, junio de 2003)

A pesar de que *Deutsche Hörer!* circuló ampliamente y fue leído en muchos idiomas —incluso en una primera versión parcial publicada en septiembre de 1942 en Estados Unidos—, nunca tuvo una edición en lengua española. Con el paso de los años, y sepultado bajo la enorme producción narrativa y ensayística de Thomas Mann, este libro «curioso» casi desaparece por completo del mapa literario del escritor nacido en Lübeck, el 6 de junio de 1875. Así, para las generaciones que vieron la luz a partir de los años 50, sobre todo para las de habla española cuyos padres llegaron a la madurez durante la Segunda Guerra, este libro de Thomas Mann se convirtió en el secreto mejor guardado de las bibliotecas: fuera de Alemania, casi nadie lo comenta.

Tal vez esto se deba al hecho de que no se trata de ensayos formales o la novelización del problema del fascismo, tal como la vemos —por ejemplo— en *Mario un der Zauberer* (*Mario y el mago*), o en *Doctor Faustus*, donde se percibe la progresiva destrucción de la cultura alemana gracias a las dos guerras. Además, en los años 50 el mundo estaba mucho más ocupado en su reconstrucción que en leer los

ruegos de un escritor exiliado, dirigidos a un pueblo vencido, su propio pueblo.

Aun así, hay muchas razones para editar *¡Escucha, Alemania!* en estos momentos. No sólo porque se trata de las palabras de uno de los escritores más grandes de Occidente. No sólo porque refleja fielmente la angustia extrema de un hombre que observa, de lejos y con impotencia, cómo una ideología totalitaria —el nacionalsocialismo, en este caso— puede carcomer y destruir sin piedad lo mejor de una nación. Publicamos este libro porque, después de todo, el mundo no ha cambiado tanto. Los nombres de los países son otros, los de sus líderes también. Pero hace falta recordar lo que sucedió entre 1933 y 1945, cómo lo permitimos, lo que hizo falta para detenerlo y —especialmente— el daño irreparable que nos hizo a todos sin excepción.

Una vez más —en varios países y continentes diversos— ha resucitado el dragón de la intolerancia racial y religiosa. De nuevo hemos sido, y somos, testigos de guerras de exterminio y expansión (*Lebensraum* en la jerga nazi), y la práctica de fabricar «razones» para invadir y ocupar países soberanos (*pre-emptive invasion* en la jerga norteamericana actual).

De modo que las palabras de Thomas Mann, lejos de parecernos ociosas o lejanas, vuelven a cobrar la inmediatez de aquellos años cuando el escritor exhortaba a sus compatriotas a protestar, a resistir a todo aquel que pisoteara los derechos del hombre en nombre de una supuesta superioridad racial que no fue sino la máscara ideológica de quienes deseaban disfrazar —como heroísmo— su pequeñez, avaricia, crueldad, sadismo y deseo infinito de poder.

Nota sobre la cronología de la Segunda Guerra Mundial en esta edición

Los acontecimientos asentados en esta Cronología son del dominio público, pero se recurrió a fuentes variadas para confrontar fechas y sucesos a fin de confirmar su veracidad. Se consultó, por un lado, la Enciclopedia Británica y la enciclopedia digital Encarta, publicada por Microsoft. Pero también se consultaron muchas cronologías diversas disponibles en el internet, entre las cuales menciono las más útiles para el propósito de la presente edición: «This History Place», el «World War II Factbook» de Marcus Wendell, «Segunda Guerra Mundial, cronología 1939-1945» publicada por Exordio.com. Aunque se tuvo especial cuidado de que no se consignara ningún dato erróneo (pues en ocasiones se ofrece información contradictoria), los editores asumen la responsabilidad por cualquier posible error.

De manera especial y específica queremos reconocer la deuda que tenemos con la biografía de Adolph Hitler que escribió el historiador británico Ian Kershaw y que fue publicado en dos tomos, *Hubris (1889-1936)* y *Nemesis (1936-1945)*, en 1998 y 2000, respectivamente, por W. W. Norton & Company, Londres y Nueva York. (Existe una traducción de ambos tomos al castellano). Kershaw consigna datos y documentos que echan una luz muy especial sobre la psicología del Führer, a la cual Thomas Mann alude a lo largo de *Deutsche Hörer!* De esta manera la Cronología no es una simple lista de fechas y sucesos, ya que hemos trata-

do de contextualizarlos tanto humana como política y militarmente.

Los editores

Octubre de 1940

Acontecimientos de enero-septiembre de 1940

El ocho de enero, Gran Bretaña empieza el racionamiento de comida. El 12 de marzo Finlandia firma un tratado de paz con la Unión Soviética. El 16 del mismo mes. Alemania bombardea la base naval Scapa Flow cerca de Escocia. Los nazis invaden Dinamarca y Noruega el 9 de abril; el 10 de mayo invaden Francia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, y Winston Churchill se convierte en Primer Ministro. Cinco días después, Holanda se rinde a los nazis. El 26 se inicia la evacuación de las tropas aliadas de Dunkerque, y dos días después Bélgica se rinde. El 3 de junio los alemanes bombardean París y concluye la evacuación de Dunkerque. A la semana cae Noruega, e Italia les declara la guerra a Gran Bretaña y Francia. El día 14 las tropas alemanas hacen su entrada en París y dos días después el mariscal Pétain se convierte en el Primer Ministro francés. Hitler y Mussolini se reúnen en Munich el 18 de junio y los soviéticos inician su ocupación de los países bálticos. El 22 Francia firma un armisticio con la fuerza ocupadora alemana, y el 28 de junio Hitler se pasea por París. Ese mismo día, Gran Bretaña reconoce al general Charles de Gaulle como el líder de la Francia libre. El 1.º de julio embarcaciones alemanas atacan naves mercantes en el Atlántico. Cuatro días después el gobierno de Vichy rompe relaciones con el británico. El 13 de agosto Alemania inicia su ofensiva aérea contra fábricas y pistas aéreas en Inglaterra. La noche del 24 el East End de Londres es bombardeado. A la noche siguiente, la Fuerza Aérea Real lleva a cabo los primeros bombardeos de la ciudad de Berlín. El 7 de septiembre comienza el *blitz* en contra de Inglaterra, mediante bombardeos todas las noches, con lo que se conoce como «bombardeos de terror» (*terror bombing*). El día 13 Italia invade a Egipto.

to. El 15 se llevan a cabo bombardeos masivos de Londres, Southampton, Bristol, Cardiff, Liverpool y Manchester. Al otro día, se aprueba en el Congreso de Estados Unidos una ley que sanciona la conscripción militar. El 27 es firmado el Pacto Tripartita entre Alemania, Italia y Japón, con lo cual se crea el Eje.

¡Radioescuchas alemanes!

Les habla un escritor alemán cuya obra y persona son anatema de sus gobernantes, y cuyos libros —aun cuando traten de lo más alemán que pueda haber, por ejemplo de Goethe— sólo pueden ser leídos en nuestro idioma a pueblos ajenos y libres, mientras que para ustedes deben permanecer mudos y desconocidos. Pero sé que mi obra volverá un día a ustedes, aunque yo mismo no pueda hacerlo. Sin embargo, mientras yo viva, incluso como ciudadano del nuevo mundo, seguiré siendo alemán y padeceré con el destino de Alemania y de todo aquello que, por voluntad de hombres violentos y delincuentes, desde hace siete años ha padecido el mundo moral y físicamente. La convicción inquebrantable de que esto no puede tener buen fin me ha hecho enviar advertencias una y otra vez durante estos años, algunas de las cuales —según creo— han llegado hasta ustedes. Pero ahora, en guerra, no existe ya posibilidad alguna de que la palabra escrita penetre en la muralla que a su alrededor ha edificado la tiranía. Por ello, aprovecho con gusto la oportunidad que me ofrecen las autoridades inglesas de informarles, de cuando en cuando, sobre lo que veo aquí en Estados Unidos, en la tierra grande y libre en que he encontrado una patria.

Cuando hace cinco meses las tropas alemanas entraron en Holanda, y en Rotterdam decenas de miles de personas fueron bombardeadas en unos cuantos minutos, apareció este texto en la revista norteamericana *Life* (publicación

ilustrada, que por lo general no toca temas políticos y que es de lectura general): «Este es el mayor desafío que en 80 años se ha hecho a Estados Unidos, la tierra de la libertad... Un pueblo militar poderoso y sin escrúpulos ha atacado lo que es nuestro modo de vida norteamericano... No sabemos si habrá que luchar con las armas en la mano al lado de Inglaterra, pero sí sabemos que la lucha de Inglaterra, en lo más profundo que encierra, también es la nuestra». Así se vio la situación después del 10 de mayo, y así se le ve hoy. Así piensan los trabajadores y los hombres de negocios, los republicanos y los demócratas, los partidarios de Roosevelt y los partidarios de su adversario político. De aquel viejo país que creía poder vivir por sí solo, sin tener que preocuparse por el mundo del otro lado del océano, queda muy poco.

¿A qué se debe este profundo cambio? Ustedes lo saben muy bien. En este país viven 130 millones de personas pacíficas, de buena voluntad. Quieren trabajar y construir sus vidas en paz. En las grandes cuestiones, en las que todos creen, en las que dan por sentadas, suelen tomar parte activa. La guerra, las conquistas de tierras extranjeras, las alianzas, los ejes, los encuentros extraños y las violaciones de tratados les parecen superfluos y demenciales. Pero entonces llegan sus periódicos y sus locutores y les narran lo que está pasando en Europa. En Noruega, Holanda, Bélgica, Polonia, Bohemia... Por doquier ven el mismo cuadro: tropas alemanas, a las que nadie mandó llamar, penetran en esas tierras que no les han hecho nada, las oprimen y saquean. Los norteamericanos ven cómo son fusilados — como si se tratara de delincuentes— aquellos que aman a su patria y que no quieren forjar anuas con los invasores extranjeros.

Naturalmente, un norteamericano es ante todo un ciudadano norteamericano. Pero también se da a menudo el caso de que su padre o su abuelo nacieron en Noruega, en Holanda, en Bélgica, en Dinamarca, en el Gobierno Gene-

ral o en el Protectorado Checo, de que aún tiene parientes en estas tierras y buenos recuerdos de ese antepasado. Y aun cuando no los tuviera —y aun cuando su familia provenga de Alemania—, como persona pensante debe indignarle la injusticia y la violencia que experimenta. No, no he visto ninguna diferencia entre los germano-norteamericanos y los anglo-norteamericanos y los italo-norteamericanos. Todos sienten que ésta no es la manera justa de unir a Europa y que tantos delitos, tarde o temprano, serán castigados.

Así, el ciudadano norteamericano tiene hoy, ante todo, tres esperanzas. Una es su propio país y su inmenso poderío económico, sus buenos y acreditados dirigentes. La segunda es Inglaterra. Bien puede ser que antes los norteamericanos vieran con algo de burla a los ingleses. Les consideraban un país cansado y excesivamente refinado. Pero hoy, ante la defensa de Londres, la actitud general es de admiración. Inglaterra levanta la bandera de la libertad, habla y lucha por todos los pueblos oprimidos que hoy representan la resistencia. Por ello es aquí tan grande el deseo de ayudar. La tercera esperanza —hoy desgraciadamente no muy fuerte— está en el pueblo alemán. ¿No reconocerán finalmente los alemanes —se preguntan aquí— que sus victorias son solamente pasos dados en un enorme pantano? ¿No entenderán que cuando sus soldados entran en tres tierras extranjeras, cuando sus submarinos hunden navíos en que iban niños que huían de la guerra, cuando impulsan a más hombres a la miseria, la proscripción y el suicidio y se ganan el odio del mundo no se acercan con ello a la meta deseada? ¿No comprenderán que hay muchos caminos mejores hacia la meta que todos anhelamos: una paz justa para todo el mundo?

Noviembre de 1940

Acontecimientos bélicos de octubre-noviembre

El día 4 Hitler se reúne con Mussolini en Brenner. Las tropas alemanas entran en Rumania el día 7. El 23 Hitler se reúne con Francisco Franco en la frontera de Hendaye, pues el Caudillo desea entrar en la guerra a cambio de concesiones posteriores, como Gibraltar y antiguas colonias en África del Norte; nada se concreta. El 24 Hitler se reúne con Pétain en Montoire; aquél busca convencer a éste de entrar en la lucha contra Gran Bretaña; tampoco se concreta nada. El 28 Grecia es invadida por Italia. Un total de 6,504 judíos son enviados, desde sus lugares de origen hasta Francia, donde son recluidos en campos de concentración al pie de los Pirineos, al parecer con miras a ser enviados posteriormente a Madagascar. El día 5 Roosevelt es reelegido presidente de Estados Unidos. El 12 y 13 Hitler se reúne con el ministro soviético Molotov en Berlín, con la esperanza de reclutarlo en su esfuerzo contra Gran Bretaña; el fracaso de las pláticas convence a Hitler de la necesidad de atacar a la Unión Soviética en 1941. Durante los días 14 y 15 los alemanes bombardean Coventry, Inglaterra. Hungría se une al Eje el día 20. Dos días después, los griegos derrotan al 9.º Ejército italiano. El 23, Rumania se une al Eje.

¡Radioescuchas alemanes!

La reelección de Franklin D. Roosevelt como presidente de Estados Unidos es un acontecimiento de primer orden. Se trata de un hecho que tal vez sea decisivo para el futuro del